

temas que le atrajo su matrimonio adulterino con Bertrada de Montfort; así se explican las cóleras del Papa y esas edificantes leyendas que presentan al rey de Francia excomulgado, enfermo de sarna y de otros males espantosos, viviendo como un apestado en medio de una corte desierta, no atreviéndose a ceñirse la corona real ni a nombrar obispos y hasta perdiendo la virtud de la consagración, es decir, el privilegio de curar á los escrofulosos.

En realidad ese maldito, arrojado de la Iglesia y puesto fuera de la ley, vivió como sus predecesores; aparentemente, por lo menos, fué tan religioso como los demás reyes. Cuando tenía necesidad de dinero, saqueaba los templos, como hizo con el de San Germán de los Prados, pero en cambio colmaba á otros de prodigalidades. También fundó, enriqueció y reformó algunas abadías, y así vemos que ciertos monasterios á los cuales favorecía han tratado de crearle una reputación excelente: un monje de Morigni encomia «su prudencia admirable y la profundidad de su espíritu,» y en Sens veían en él «la providencia, la esperanza, el consuelo de los monjes, de los clérigos y de los pobres.»

Por otra parte, para proceder con justicia es necesario no confundir la primera parte de su reinado con la última; sus comienzos hicieron presagiar algo muy distinto de la vergonzosa decadencia de su final. Desde 1067, año de su mayor edad, hasta 1090 agitóse más de lo que pudiera creerse, buscando aventuras y hasta ensayándose en lejanas expediciones; la que intentó en 1071 para defender á la condesa de Flandes, Riquilda, contra su contrincante Roberto *el Frisón*, llevóle hasta la región del Escalda, en donde se presentó rodeado de los contingentes feudales de toda Francia. Sin embargo, no ganó muy legítimamente el dinero con que la condesa había comprado su celo. Completamente derrotado en Bavinkhowe (1), creyó vengarse de la derrota entrando á sangre y fuego en Saint-Omer; pero habiéndole hecho comprender sus consejeros las ventajas que podía reportarle el aceptar el hecho consumado, reconocer á Roberto y aun ser aliado suyo, se pasó al bando del más fuerte y dió garantías al conde de Flandes, casándose con una de sus pupilas, la holandesa Berta. La alianza de Roberto *el Frisón* debía serle muy útil en su lucha contra Normandía y contra Guillermo *el Conquistador*; y sin embargo, renunció á ella en 1074, no pudiendo resistir al cebo de un beneficio inmediato. Corbie, ciudad importante por su comercio y por su rico monasterio, había sido cedida á Flandes cuando la hija de Roberto *el Piadoso* se casó con el conde Balduino V; mas Felipe, considerando propicia la ocasión para recuperarla, trasladóse súbitamente á ella y obligó á sus habitantes á jurarle fidelidad. En vano Roberto, furioso, acudió y saqueó las casas de los ciudadanos; Corbie volvió á formar parte de los dominios del Capeto, de los que ya no volvió á separarse.

Felipe tuvo sobre todo el talento de hacer una oposición perseverante á la nueva potencia de los anglo-normandos. Al comenzar la conquista de Inglaterra, todavía gobernaba el reino á título de regente Balduino V, suegro del duque Guillermo, el cual nada hizo para oponerse á la expedición, y no por culpa de su pupilo

(1) Véase anteriormente, página 455.

que apenas contaba catorce años y que, según parece, comprendió muy pronto que aquel acontecimiento era un desastre para él y para su dinastía. Una tradición del Romance de Rou dice que el duque Guillermo fué á encontrar al joven rey de Francia en Saint-Germer y solicitó su alianza prometiéndole reconocerse vasallo suyo en lo referente al reino cuya conquista emprendía. Felipe, después de haber consultado con las personas de su séquito, rechazó la demanda y Guillermo hubo de retirarse «con el despecho en el corazón y la amenaza en los labios.»

Aquella resistencia aislada nada evitó; por lo menos Felipe no dejó de suscitar dificultades á aquel vasallo coronado, interviniendo en Bretaña, en donde Guillermo no pudo apoderarse de Dol, y contribuyendo á hacer imposible la anexión de la península á Normandía. En la región francesa era preciso todo defender el Vexin contra un enemigo que pretendía ser su propietario. En 1067 Guillermo, libre de todo cuidado por el lado de Inglaterra y del Maine, reclamó abiertamente aquel país con las ciudades de Pontoise, Chaumont y Mantes; Felipe respondió con una chanza (que en su boca sentaba bastante mal), inspirada en la corpulencia de su adversario: «El rey de Inglaterra está de parto y cuando salga á misa de parida habrá encendidos muchos cirios en la iglesia.—Para el esplendor de Dios, replicó Guillermo, voy á encender cien mil á costa de Felipe.» Y para cumplir su palabra incendió el Vexin y entró en Mantes entregándola á las llamas.

Felipe, que difícilmente podía oponerle una resistencia armada, dió á sus sucesores el ejemplo de esa táctica tan natural que consistía en separar la Normandía de Inglaterra favoreciendo las rebeliones de los barones del continente y las contiendas intestinas en la familia de Guillermo. El hijo primogénito del rey de Inglaterra, Roberto *Courte-Heuse*, reclamaba anticipadamente una parte de la herencia paterna, por lo menos la Normandía y el condado del Maine, y habiéndose Guillermo negado á sus pretensiones, estalló una guerra civil en la que intervino Felipe en favor del príncipe rebelde. Protector y protegido contaban con fuerzas bastantes cuando los encontró *el Conquistador* cerca de Gerberois en Beauvais (1079). Derrotado el monarca inglés, que á punto estuvo de perder la vida, Felipe exigió como precio de sus servicios la cesión de Gisors. Nada más natural y justo; pero un día en que sitiaba un castillo en provecho del pretendiente, Guillermo, que le conocía bien, hizo llegar á sus manos una fuerte suma para que renunciara á la empresa; y en efecto, Felipe aceptó el regalo y emprendió la retirada, satisfecho de comer á dos carrillos.

Como se ve, su política general desviábase de cuando en cuando, pero no cambiaba. Después de la muerte del *Conquistador*, que había sido mortalmente herido en el saqueo de Mantes, el nuevo rey de Inglaterra, Guillermo *el Rojo* (1087), continuó reivindicando el Vexin y hasta se alió con el duque de Aquitania para apoderarse del territorio capeto y destronar á su señor. Felipe, que en aquella sazón no podía ya defenderse por sí solo, hubiérase visto en grave peligro si su hijo Luis no hubiese llevado la guerra á la frontera normanda y retrasado con ello la marcha de los coligados. El conde de Meulán y los castellanos de Septeuil y de Houdán

habían entregado sus fortalezas á los aquitanos y á los ingleses, los castillos de Montfort y de Epernón á duras penas se resistían, y París, que quedaba al descubierto, estaba á merced de un golpe de mano. Por fortuna Guillermo *el Rojo* se estrelló delante de Pontoise, y la plaza fuerte de Chaumont, á la que puso sitio en regla, resistió vigorosamente todos los asaltos (1098), siendo el heroísmo de sus defensores la salvación de la dinastía y del rey. Cuando el príncipe real, harto mal aconsejado, dejó que Enrique Beauclerc, sucesor de Guillermo *el Rojo*, se apoderase de su hermano, *Courte-Heuse*, y reuniese la Normandía á su reino, «Felipe I, hombre prudente, dice una crónica, se opuso á ello cuanto pudo, y como inspirado por espíritu profético, pronosticó á su hijo todas las desgracias que de ello resultarían (1106).» El Capeto fué hasta el fin de su vida enemigo de la familia normanda y el porvenir le dió la razón.

Aquel hombre positivo buscó, con deliberado propósito y por sistema, todos los medios propios para aumentar los recursos materiales de la monarquía, pudiendo decirse que fué el iniciador de la política de anexiones de que tan buen uso hicieron Luis *el Grande* y Felipe Augusto. Su constante preocupación fué adquirir territorios y ensanchar el patrimonio real, «reducido casi á la nada por la incuria de sus predecesores.» Ya hemos visto cómo se apoderó de Corbie, y habiendo otorgado en 1107 grandes privilegios á los comerciantes que frecuentaban aquella plaza, hizo de ella uno de los mercados más acreditados adonde aflúan los mercaderes de Flandes, de Holanda y de Alemania. Siempre en acecho de sucesiones vacantes ó de herencias disputadas, Felipe se aprovechó de la muerte de Ratil, conde de Vermandois, para apoderarse de una parte de su feudo, y aunque no pudo conservar directamente la posesión del mismo, se lo dió más tarde á su propio hermano, Hugo *el Grande*, comenzando de esta suerte aquella dinastía capeta del Vermandois que había de ser uno de los apoyos más sólidos de la realeza en el siglo XII.

Cuando Simón de Valois, conde del Vexin, se hubo retirado á un monasterio, Felipe no dejó de invadir aquel país, haciéndose de esta suerte dueño de un territorio del que sus antecesores sólo habían sido soberanos. Detrás de los castillos del Vexin, del Vermandois y del Valois, París hallábase mejor protegido contra los enemigos procedentes de Normandía y de Flandes. Otra anexión, la de Chateau-Landón y del Gatinais, precio de la neutralidad prometida por Felipe á Folco *el Rechín*, el usurpador del Anjou y de la Turena, permitió á la realeza unir el Senonnais con las posesiones del Orleanesado y del Brié. La ambición de Felipe apuntaba aún al otro lado del Loira. Los robertinianos habían en otro tiempo adquirido en Sologne y en Berri algunos alodios que sus descendientes tal vez poseían todavía á fines del siglo XI. Felipe, que no iba á las cruzadas, explotó la necesidad de dinero de los que en ellas tomaban parte, y así pudo comprar en 1101 al vizconde de Bourges, Harpin, que se dirigía á Tierra Santa, un extenso territorio que abarcaba, además de Bourges, la castellanía de Dun-le-Roi.

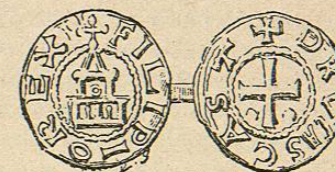
A pesar de todo, la monarquía no se levantaba de la decadencia á que el feudalismo la había reducido. Felipe ni siquiera era señor único de las porciones del territorio sometidas á su poder directo, pues entre los prebostazgos del patrimonio real había intercalados pequeños señoríos cuyos poseedores únicamente respetaban á aquellos que sabían defenderse. La mayor parte de los grandes oficios de la corona estaban entonces detentados, á título hereditario, por aquellos mismos señores á quienes vemos en guerra con el soberano al día siguiente de haber organizado su corte y refrendado sus diplomas, y el que se las echaba de heredero de Carlomagno no podía salir de París sin topar con el pequeño feudalismo que infestaba por todas partes los caminos, ni pasar adelante sin batirse. Algunas campañas débilmente sostenidas contra Esteban de Blois, Hugo de Dammartin, Hugo del Puiset y Simón de Valois, no produjeron resultados decisivos.

En 1081, Felipe, queriendo vengarse del señor del Puiset, realizó por excepción un gran esfuerzo, convocando los contingentes feudales y llamando en su ayuda á su pariente Eudo, duque de Borgoña. Libróse una verdadera batalla en la llanura de Yèvre-le-Châtel; pero el enemigo, un vasallo de tercer orden cuya destrucción se consideraba empresa fácil, infligió al rey de Francia el fracaso más deshonoroso que la Edad media registra en sus anales. Poco antes de su muerte, consiguió al fin Felipe apoderarse del castillo de Montlheri, guarida de salteadores que hacían temblar al rey cuando cabalgaba hacia Orleáns: «Guarda bien esa torre, dijo á su hijo Luis, que me ha hecho envejecer prematuramente: la maldad y la perfidia de los que en ella habitaban no me han dejado un solo instante de reposo.»

Y sin embargo, el hombre que hacía aquella declaración de impotencia atrevióse á resistir al Pontificado, señor entonces del mundo cristiano. Felipe I, sostenido, es verdad, por una parte del episcopado francés, trató de rechazar la reforma que predicaba é imponía Gregorio VII, pues encontraba demasiadas ventajas en la práctica de la simonía y comprendía, por otra parte, que el triunfo de las ideas reformistas había de disminuir fatalmente el poder de la realeza sobre los señoríos eclesiásticos. La reforma, obra excelente, en efecto, desde el punto de vista de la moral y del bien supremo de la cristiandad, contrariaba, bajo otros conceptos, el desenvolvimiento político de las monarquías en provecho de la potestad religiosa. Los diversos incidentes de la contienda entre el rey y el papa, de los que más adelante nos ocuparemos, demuestran que en realidad los dos adversarios se disputaban la dominación sobre los señoríos eclesiásticos. La reforma, obra excelente, en efecto, desde el punto de vista de la moral y del bien supremo de la cristiandad, contrariaba, bajo otros conceptos, el desenvolvimiento político de las monarquías en provecho de la potestad religiosa. Los diversos incidentes de la contienda entre el rey y el papa, de los que más adelante nos ocuparemos, demuestran que en realidad los dos adversarios se disputaban la dominación sobre los señoríos eclesiásticos. La reforma, obra excelente, en efecto, desde el punto de vista de la moral y del bien supremo de la cristiandad, contrariaba, bajo otros conceptos, el desenvolvimiento político de las monarquías en provecho de la potestad religiosa. Los diversos incidentes de la contienda entre el rey y el papa, de los que más adelante nos ocuparemos, demuestran que en realidad los dos adversarios se disputaban la dominación sobre los señoríos eclesiásticos.

Discutíanse, por consiguiente, intereses temporales de la mayor importancia.

Los contemporáneos tenían el derecho de asombrarse de que un príncipe cristiano combatiera las opiniones y los progresos del partido que dirigía el jefe de la



Moneda de Felipe I

Iglesia; pero el rey de Francia, que obtenía sus principales recursos de los obispados y de las abadías de sus dominios, y que vivía mucho más de sus clérigos que de sus vasallos laicos, no podía favorecer una revolución que lo habría empobrecido; ni podía tampoco consentir que Roma sojuzgara a la Iglesia francesa sin renegar abiertamente de la tradición legada por el mismo fundador de la dinastía. Estas razones bastaban para legitimar la resistencia, pero Felipe no era hombre para sostener mucho tiempo una lucha peligrosa por una simple cuestión de principios ó por un interés de orden general. Su oposición más bien tímida en tiempo de Gregorio VII, cuando sólo se trataba de simonía y de investiduras, volvióse tenaz y violenta durante el pontificado de Urbano II, cuando el Papado le hirió en lo vivo, atacándole en su vida privada.

«En 1092, dice el cronista Orderico Vidal, ocurrió en Francia un suceso escandaloso que causó gran perturbación en el reino: la condesa de Anjou, Bertrada de Montfort, temiendo ser tratada por su marido (Folco *el Rechín*) como antes de ella lo habían sido otras dos mujeres con quienes se había casado, y verse repudiada como vil cortesana, y persuadida, por otra parte, de que era bastante hermosa para gustar al rey Felipe y bastante noble para ser reina, envió al monarca un mensaje declarándole la pasión que por él sentía y diciéndole que prefería abandonar a su marido para casarse con otro que ser por él ignominiosamente abandonada. El rey no fué insensible a esa declaración de una mujer bella y voluptuosa, sino que, por el contrario, sintió el crimen y acogió con entusiasmo a Bertrada desde el momento en que ésta entró en Francia. En cuanto a su propia esposa, Berta, hija de Florent, conde de Holanda, reina noble y virtuosa, que le había hecho padre de dos hijos, Luis y Constanza, la repudió para casarse con Bertrada, que había estado cerca de cuatro años con el conde de Anjou.»

Tales incidentes no eran raros en aquel medio feudal en que los matrimonios se contraían y se disolvían con una facilidad que la Iglesia las más de las veces toleraba, considerándose impotente para modificar las costumbres. Pero en el caso citado el ejemplo procedía de arriba y de un príncipe hostil a la reforma; los monjes, afectos a la santa causa y al Pontificado, se indignaron: «Que nadie se irrite contra mí, exclama Hugo de Flavigni, si me atrevo a censurar amargamente la conducta del príncipe sin contemplación al nombre ni a la majestad del trono; aunque nos impidieran escribir, la Francia entera levantaría su voz y todo el Occidente no podría ignorar el crimen de Felipe.» El rey de Francia y la esposa adúltera, excomulgados varias veces en los concilios de Clermont (1095), de Tours (1096) y de Poitiers (1101), se preocuparon muy poco del anatema: dos obispos (los de Troyes y de Meaux) habían consentido en casarles y aún encontraron otros que los coronaran en las fiestas solemnes y que se opusieran abiertamente a las medidas adoptadas por la Santa Sede. Bertrada fué tratada como reina legítima hasta por el marido a quien había abandonado.

Así vivió aquella mujer con Felipe por espacio de doce años (1092-1104), aguantando ambos las maldiciones que la Iglesia no se cansaba de lanzar contra ellos, y viéndose apoyados en su resistencia, no sólo por pre-

lados, sino que también por altos barones y jefes de Estados feudales. Cuando los legados del papa Pascual II y los miembros del concilio de Poitiers se aprestaban a pronunciar una vez más el anatema, el duque de Aquitania, Guillermo IX, penetró en el templo con sus soldados, y con acento amenazador dijo en medio del más profundo silencio: «El rey, mi señor, me ha notificado que, sin consideración a su persona ni a la mía, os disponáis a excomulgarle en una ciudad que he recibido de su corona, y me ha intimado por la fidelidad que le debo para que me oponga a ello con todas mis fuerzas. En su consecuencia, os declaro que no toleraré tamaño atentado, y si, a pesar de mi prohibición, osarais cometerlo, os juro, por la fe que le he prometido, que no saldréis de aquí impunemente.» Los legados, sin embargo, no se dejaron intimidar y cumplieron con su deber.

Estas excomuniones repetidas y siempre inútiles no hacían más que perjudicar a las dos potestades que estaban en lucha. Felipe y Bertrada se sometieron al concilio de París (1104), pero a despecho de su juramento siguieron haciendo vida común. La victoria del Pontificado era sólo aparente, y en el fondo quien realmente triunfaba era el Capeto; pero éste, envejecido y agotado prematuramente por sus enfermedades y por sus vicios, únicamente reinaba de nombre. El príncipe heredero, Luis, hijo de la desventurada Berta, había sido armado caballero en 1098 y asociado por aquel mismo tiempo a la corona sin haber recibido la consagración, y con el título de *dux exercitus* ejercía la más importante de las funciones reales, la que consistía en rechazar los ataques de los normandos en el Vexin y en castigar las depredaciones que los castellanos cometían en toda la extensión de los reales dominios, cumpliendo su rudo cometido con un ardor y un éxito sin ejemplo. Felipe para nada intervino en aquellas empresas, de suerte que aquellos ocho años de victoriosas expediciones corresponden ya, en realidad, al reinado de Luis *el Grande*.

Pero si el joven príncipe es dueño del ejército, el palacio, en cambio, obedece a Bertrada, la cual dispone como soberana de los oficios de la corona, da el obispado de París a su hermano Guillermo de Montfort y vende al mejor postor los beneficios eclesiásticos. Celosa de Luis, a quien teme y detesta y a quien quisiera substituir por sus dos hijos Felipe y Florus, intenta en vano hacerlo encarcelar por el rey de Inglaterra, Enrique I; compra a clérigos que se comprometen a matarlo en ocho días por medio de maleficios y, cansada al fin de tanta lucha, recurre al veneno, del que se libra Luis no sin trabajo. Felipe, sacudiendo en aquella ocasión su indolencia, se indignó; pero, débil siempre, suplicó a su hijo que perdonara. Así vegetó algunos años todavía, hasta que murió en 29 de julio de 1108. 1108

El feudalismo, alto y bajo, se agitaba y amenazaba no reconocer al heredero legítimo, por lo que Luis, rodeado de obispos y de algunos fieles vasallos, hubo de hacerse coronar precipitadamente en Orléans. Ya era tiempo de que el poder real pasara a otras manos.

V.—La monarquía en el siglo XI

Una mezcla extraña de miseria y de grandeza; el contraste entre la impotencia real y el esplendor del fe-

tulo y el prestigio de la función, tal es el rasgo característico de aquella realeza del siglo XI que pretendía ser la continuadora de los Carlovingios.

Los Capetos calcan sus diplomas sobre los de la antigua cancillería imperial, hablan como hablaba Carlomagno y se hacen llamar por los clérigos que escriben sus cartas «reyes gloriosos» ó «siempre augustos.» Copian asimismo el ceremonial bizantino de la corte de Carlomagno, rodeándose de los mismos altos funcionarios, el archicanciller, el senescal, el camarero, el botellero y el condestable; a su capilla va anejo un colegio de clérigos, vivero de obispos y de abades; el palacio del rey está lleno de grandes y pequeños dignatarios; los barones y obispos de las provincias vecinas permanecen temporalmente en la regia residencia, y ese conjunto incoherente de consejeros fijos y de cortesanos de paso continúa siendo, al parecer, lo que en otro tiempo era, el órgano principal del gobierno.

El mismo rey, persona sagrada é inviolable, disfruta de un poder teóricamente ilimitado, porque lo ha recibido de Dios y tiene que ejercerlo en su plenitud, en toda la extensión del reino. Su misión es defender el país contra sus enemigos exteriores, hacer imperar la justicia en el interior y proteger a los débiles y a los oprimidos, pero sobre todo a la Iglesia y a sus miembros. Su voluntad se confunde, siempre en teoría, con la ley: «Todo cuanto dispone la potestad de los reyes muy gloriosos, dice Abdón de Fleuri hablando de Hugo Capeto y de Roberto, debe ser estable é incontestado, sea cual fuere la forma en que su voluntad se manifieste, por la palabra ó por los actos. Por esto el que contraviene los preceptos reales demuestra que no ama ni teme al rey.»

El monarca solicita los consejos y el apoyo de los magnates reunidos en asamblea, pero esta consulta no tiene carácter obligatorio: es una necesidad de hecho a la que se somete cuando le place y en condiciones por él solo determinadas. Al lado del rey, la reina y el presunto heredero asociado al trono han recibido, merced a la doble ceremonia del ungimiento y de la coronación, la capacidad moral para tomar su parte de esa soberanía. Ninguna constitución determina la transmisión del poder; pero desde su origen la dinastía capeta ha querido oponer al derecho electivo, que reivindicaban los jefes de la nobleza y de la Iglesia, el derecho hereditario, que constituye la aspiración de toda monarquía: la consagración anticipada del príncipe real es el medio indirecto, pero seguro, que le permitió lograr su objeto.

En las provincias más apartadas, en los mismos extremos del territorio, así en Flandes como en los Pirineos, señores y prelados fechan los documentos públicos contando los años del reinado de los Capetos. Estos, en el exterior, están en relaciones directas con los demás soberanos de Europa, se creen iguales a los emperadores alemanes y en sus solemnes entrevistas a orillas del Mosa despliegan el aparato lujoso y guerrero de que se rodean los reyes cuando viajan. Tienen todavía pretensiones sobre una parte de la antigua Lotharingia, lo mismo que el nieto de Carlos *el Calvo* cuyos derechos se figuran poseer, y a veces hasta se dan el gusto vano de amenazar desde lejos el territorio del Imperio. Por otra parte, intentan defender las antiguas libertades de los obispos de Francia contra los papas y su monarquía

espiritual y se asombran de que Roma pretenda arrebatarles la suprema dirección eclesiástica del reino.

Si no consideráramos más que la superficie y el aspecto de las cosas, podríamos creer que aquellos reyes han heredado poderes generales que realmente pertenecían a los del siglo IX, pues las formas siguen siendo las mismas; pero en aquel antiguo marco se ha introducido una potencia de hecho, una fuerza real y viva, el feudalismo, que todo lo ha trastornado. La institución monárquica, que aquél combatía y arruinaba, aunque sin haber podido suprimirla ni siquiera quererla aniquilarla, ha adquirido un carácter nuevo a fuerza de verse empujeada.

El titulado rey es un simple barón que sólo posee en propiedad, en las riberas del Sena y del Loira, algunos condados equivalentes apenas a cuatro ó cinco de nuestros actuales departamentos, y el patrimonio real, sostenido insuficiente de aquella majestad teórica, no es el más vasto ni el más rico de los señoríos cuya reunión constituye la Francia. El rey, menos poderoso que algunos de sus grandes vasallos, vive, como éstos, del producto de sus haciendas y de sus peajes, de los censos que le pagan sus aldeanos, del trabajo de sus siervos, de los impuestos disfrazados que percibe, en forma de «donaciones» voluntarias, de los abades y obispos de la región. Sus graneros de Gonesse, de Janville, de Mantes y de Etampes le proporcionan trigo, sus bodegas de Orléans y de Argenteuil le proveen de vino, y sus bosques de Rouvrai (1), de San Germán, de Fontainebleau, de Iveline y de Compiègne le surten de caza. Pasa la mayor parte del tiempo cazando, por placer ó por cubrir las necesidades de su mesa, y viaja constantemente de quinta en quinta y de abadía en abadía, obligado a sacar partido de sus derechos de albergue y a cambiar á menudo de residencia á fin de no agotar los recursos de sus súbditos.

En este vaivén continuo de los palacios de París y de Orléans a los de Melun, Etampes, Pontoise, Poissy, Compiègne y Mantes, la escolta ordinaria de la familia real está formada por un pequeño grupo de caballeros seguido de clérigos ó escribientes de la capilla; sólo por excepción, en tiempos de guerra ó en los días de grandes fiestas religiosas ó de juicios importantes, los obispos y los barones de las vecinas provincias acuden a engrosar el séquito del príncipe y a cumplir su deber feudal. Entonces la «corte» cambia de carácter, viniendo a ser, según las circunstancias, sucesivamente ejército dispuesto a ponerse en movimiento, asamblea en donde se discuten cuestiones religiosas y políticas ó tribunal que pronuncia arbitraje, dicta sentencias ó asiste a los sangrientos combates de los campeones de la justicia.

Esta monarquía ambulante es lo menos administrativa posible: sus propiedades son explotadas por «prebostes» é «intendentes», que son a la vez recaudadores, receptores, jueces y agentes de policía que entregan al rey una parte de las rentas, en especies y en dinero, y se guardan el resto en concepto de salario, sistema de gestión rudimentario, pero que no deja de ser peligroso. Estos empleados que para todo sirven no piensan más que en estrujar a los súbditos de su amo, en robar a

(1) El bosque de Boulogne.